

[Relato Corto] Las Fauces

Manuel C.S.



Capítulo 1

En las Fauces, que era el nombre que Gloria le había dado, apenas se podía respirar. Ya no solo porque el aire de aquel habitáculo de hierro estuviera empobrecido por las deposiciones de su prisionera, adhiriendo al lugar un hedor inhóspito en el que ni las moscas querían entrar. También era el espacio, pues un ascensor de ese estilo jamás se hizo para custodiar durante días a un ser humano, con un suelo demasiado pequeño para que uno siquiera pudiera tumbarse holgadamente. Gloria apenas podía acomodarse encogida sobre sí misma, en posición fetal, cuando el sueño apremiaba o simplemente quería evadirse de aquella luz anaranjada de emergencia, del hambre, la sed, y la claustrofobia.

Al principio miraba aquella luz tenue y creía que se trataba de alguna metáfora de la esperanza. Con el paso del tiempo, la luz le recordaba su deshumanización, y ya no era esperanza. La veía como una competidora en una lucha sin victoria, en la que ambas, ella y la bombilla, jugaban a ver quién se apagaría primero.

* * *

Los días exactos que llevaba en esa caja suspendida, en algún punto entre la segunda y la quinta planta del edificio de oficinas en el que trabajaba, eran un misterio para Gloria.

Recordaba haberse achacado el uso del ascensor, rompiendo la promesa que se había hecho aquella semana: Empezar a usar las escaleras con el objetivo de perseguir una vida un poco más sana.

A sus treinta y pocos años Gloria disponía de cierto sobrepeso que la abotargaba con molestias musculares, así como una incipiente presión en la rodilla derecha cuando tenía que mantenerse demasiado tiempo en pie, y pinchazos en la espalda la obligaban a mantener una postura poco erguida. Se obligaba a sí misma a llevar un pequeño bolso con pastillas y una botella de agua para tragarlas. Aquello le irritaba, y había decidido abandonar la medicación, obligarse a una vida sana, manteniendo solo aquella botellita para calmar la ansiedad, aunque no fuera más que una excusa para mantener algo que pesara en su bolso. El peso le recordaba una vía de escape, de la misma forma que un paquete de tabaco vacío abulta algo más que el pantalón de un exfumador.

A pesar de todo, tras toda una mañana los dolores habían comenzado a someterla, y la excusa de usar el ascensor «una sola vez más» para ascender varios pisos de golpe prometía un regalo auto-compasivo.

«Poco a poco». Tres palabras pueden romper una promesa, y cuando Gloria se internó dentro del ascensor y pulsó la última planta, se sintió

ligeramente sucia. Nada apremiante, pero sí algo lo suficientemente notable como para que remachara su autojustificación, e incluso que agradeciera que no hubiera nadie más con ella que fuera testigo de aquella muda vergüenza. Las puertas se cerraron, y las Fauces comenzaron a ascender.

El ascensor se detuvo de una forma brusca y la luz se apagó. Gloria, que seguía en su mundo tratando de encontrar algo que justificara su infidelidad consigo misma, casi gritó del susto cuando aquel habitáculo de hierro tembló lastimeramente y su percepción visual le fue arrebatada. La luz de emergencia se encendió a los pocos segundos, dejando un aura anaranjada en el ambiente, y ella trató de abrir las puertas correderas del ascensor, que se mantuvieron impasibles a pesar de sus esfuerzos tratando de forzarlas sin éxito. Introdujo sus rechonchos dedos entre las ranuras, consiguiendo tan solo partirse una uña.

Cejó en su empeño cuando comenzó a escuchar los gritos. Primero tenues, ahogados por la jaula de hierro, pero luego desgarradores. Retumbaban en el interior del ascensor casi ensordecidos. A los chillidos de horror se le sumaron otros más guturales. Gruñidos que poco tenían que ver con los de un ser humano. Gloria quiso creer que era el retumbe del ascensor y que su temor e imaginación le jugaban malas pasadas, a fin de cuentas, allí fuera parecía estar ocurriendo algo terrible.

Por supuesto, el móvil sin cobertura. Decidió ponerlo en modo avión para que primara la batería.

Mucho más tarde, cuando nadie acudió por mucho que presionara el botón de alarma, y mucho después de que los últimos gritos se escucharan, Gloria pasó la noche acurrucada en el suelo del ascensor, llorando mientras se agarraba las piernas. Cansada, hambrienta y asustada. Primero un sollozo discreto, y cuando entendió que jamás nadie podría escucharla, el llanto surgió a gritos por su garganta como cuchillas de afeitar, maldiciendo su suerte, desahogando su pena hasta que la dejó sin voz, tan solo una madeja de respiraciones rápidas y dolientes con los ojos anegados en lágrimas.

Para cuando ya no le quedaba sonido que emitir, le pareció escuchar algo entre las puertas correderas de hierro. Sintió que perdía la cabeza a pasos agigantados, porque lo que escuchó le recordó a un perro olfateando. Sonidos ásperos de succión de aire, tal vez de algo que la buscaba, y ella allí dentro, era una perla en una ostra cerrada. Escuchó como si algo escarbaba al otro lado de las puertas, y mantuvo el silencio, dejándose apresar por un miedo más primitivo que ella misma. Al rato el sonido paró, y no volvió a escuchar ni olfateo ni arañazos, convirtiendo el recuerdo en algo que su mente claramente pudo haberse imaginado en

plena crisis de ansiedad.

* * *

Fue al segundo día cuando su móvil se quedó sin batería, y entonces el tiempo se convirtió en algo difuso. Se apagó mientras el hueco espacio se llenaba del sonido del estómago de Gloria, quejándose a su dueña por la desnutrición.

* * *

Horas, tal vez días, más tarde, se le ocurrió que aquel ascensor eran unas fauces diabólicas. Unas que ni tragan ni escupen la comida, solo la mastican, desmenuzándola hasta su mínimo denominador. El hambre, la sed, el miedo, el vivir con sus propias heces en un rincón, y tratando de atinar a cuclillas su orina sobre los resquicios de las puertas a ras del suelo, en dirección al hueco del ascensor. Con todo aquello, Gloria ya no se sentía una persona, ni siquiera un animal. Se sentía carne triturada por unas dentelladas desinteresadas.

* * *

Sin la botella de agua de su bolso, Gloria no habría creído ser capaz de aguantar tantos días, y cuando le dio el último trago resultante de un sensato racionamiento, entendió que iba a morir allí.

Hacía tiempo que apenas podía tenerse en pie, ya fuera por la falta de fuerzas, o por los calambres en el estómago, que la hacían creer que su cuerpo parecía dispuesto a digerirse a sí mismo.

Poco después rebuscó entre sus pertenencias dentro del bolso, y tras abrir su pequeña cartera de cuero negro admiró una de las tarjetas de crédito. Se preguntó si podría afilarla contra las paredes de las Fauces, para luego abrirse las muñecas. Aquello no la aterró lo más mínimo, al contrario, le transmitía cierto consuelo. Luego sopesó si con la afilada tarjeta podría cortarse un dedo, tal vez el meñique del pie. ¿Acaso no dice todo el mundo que es un apéndice vestigial? Tal vez alimentarse de sí misma le permitiera aguantar unos días más. Tal vez pudiera incluso reciclar ese último trago en forma de orina, beber un poco para calmar su situación. Aquello sí que le aterró. Le aterró porque no le asustaba automutilarse ni beber sus deposiciones. Le aterró porque aún no estaba dispuesta a morir, y ese descanso complaciente tendría que posponerse indefinidamente. Admiró la luz de emergencia y con una mueca triste dijo:

—Lo siento, pero no pienso dejarte ganar. — Y como si la bombilla tuviera

oídos, parpadeó un par de veces como respuesta.

* * *

No se comió así misma, no cruzó esa frontera sin vuelta atrás, y si no lo hizo no fue por unos valores humanos que habían quedado relegados al rincón donde había defecado los primeros días. No lo hizo porque se sentía demasiado débil para lacerar carne y amputar el hueso y, en aquel ambiente, lo último que quería era pillar una infección. Sí que bebió su propia orina. Solo cuando la sed fue lo suficientemente fuerte como para hacerla boquear en una lengua de esparto que producía arena. Aquel día se acariciaba la cabeza y sentía como el pelo se desprendía con excesiva facilidad.

A pesar de aquel espantoso cuadro, Gloria tuvo una pequeña epifanía. La luz de emergencia dio unos últimos coletazos de vida antes apagarse del todo. La oscuridad no supuso un malestar adicional, y su espíritu de lucha, uno que ni ella misma conocía, lo concibió como una victoria. Había sobrevivido a su competidora, algo que ni ella misma había sido capaz de creer en los largos y silenciosos momentos que había pasado allí. Había sobrevivido a una batería útil, y aquello le recordó que a veces lo imposible puede lograrse.

* * *

En la oscuridad de las Fauces, Gloria no lloraba. Respiraba tranquila, y se imaginaba en otros lugares. Tal vez degustando un pequeño trozo de tarta en una cafetería. Tal vez paseando por alguna avenida concurrida del centro de la ciudad. La ceguera le había abierto ojos hacia la imaginación, por no llamarla locura, y caminaba por parques que solo contempló en su niñez a la sombra de sus padres. También musitaba diálogos de algunas de sus películas favoritas. Lo hacía en silencio, pues no quería que el sonido real hiciera sombra al de su imaginación, donde las voces eran vivas y calurosas, y la música encumbraba el silencio de la realidad con armoniosas notas tocadas en su mente.

* * *

—¿Qué hay allí afuera? ¿Qué es lo que ha pasado? —Preguntó Gloria en la oscuridad.

—No puedo decirte lo que no sabes. Es parte del trato— Le dije con calma a la mujer, dejando que mi voz fueran retazos inaudibles, solo perceptibles para ella.

Gloria, que no hablaba consigo misma ni tampoco con nadie, se acarició la piel reseca de las mejillas, ahora escamas blancas como los hongos de las cavernas.

—¿Están todos muertos?

—Eso tampoco lo sabes. Lo siento.

—Sí que lo sé.

—Te lo imaginas, que no es lo mismo —Respondí, aunque traté de que mi voz no sonara a reproche.

—¿Y yo estoy muerta?

—No, aún vives. Eso sí lo sabes.

Ella sonrió, aunque en la oscuridad era imposible verlo.

—Le he ganado a la luz.

—Sí que lo has hecho. —Dije con ternura.

Supongo que es parte del trato de escribir una historia, ver como unos personajes se gestan, se desarrollan, y muchos acaban encontrando el final que deben tener, no el que merecen. Supongo que todo aquello tiende a insensibilizar, pero aquella sonrisa seguida de ese orgullo infantil consiguió desarmarme. Gloria había superpuesto su propio descanso por luchar un día más, sin saber que, a fuera, no habría nadie que acudiera en su búsqueda.

—¿Probaste a forzar las puertas del ascensor? —Pregunté con calma.

Gloria sopesó aquella posibilidad durante unos largos segundos.

—El primer día, cuando aún tenía fuerzas. No cedieron.

—¿Y lo has vuelto a probar?

—No ¿Para qué?

—No sé, tal vez la humedad haya contraído los mecanismos, o engrasado los ejes de las puertas. Tal vez ahora sean más fácil.

—Eso no tiene sentido.

—Lo sé, pero es mejor que dejarlo en un Deus Ex Machina.

—¿Qué es eso?

—No lo sabes, no te lo puedo decir. Prueba a abrir las puertas.

Gloria, que se quejaba de su sobrepeso cuando entró en las Fauces, ahora se levantó raquítica, temblando sobre sus propios muslos desnutridos y desprovistos de energía. Se acercó a la puerta del ascensor y clavó sus delgados dedos entre las ranuras, y luego tiró. Una pequeña hilera de luz surgió durante unos segundos cuando las puertas se apartaron levemente, antes de volver a cerrarse.

—¡Se abren! ¡Pueden abrirse!

—¿Y a que estás esperando?

Gloria volvió a introducir sus dedos entre las rendijas, y con toda la fuerza que le quedaba, volvió a tirar. Sintió que sus huesos crujían del esfuerzo, y el dolor la azotó como un volcán de lava erupcionando por su espina dorsal, pero eso no la detuvo. A cada tirón que daba, más luz entraba, y aunque aquello le abrasaba los ojos, enrojecidos por los vasos sanguíneos reventados, tampoco se detuvo. Siguió tirando hasta que la vista sucumbió ante la luz, y el blanco cegador dejó paso a contornos borrosos, y siguió tirando hasta que las puertas del ascensor se terminaron de abrir, dejando las Fauces abiertas, dispuestas a vomitar una comida que no se había dejado masticar sumisamente.

Poco a poco, con las lágrimas agolpando su rostro, pudo ver lo que la deparaba fuera. El ascensor se había detenido en un entreplanta, y a la altura de su pecho podía ver el suelo del piso, tal vez el tercero, y a medida que la vista ganó nitidez, pudo ver la sangre seca que decoraba suelo y paredes. No había cuerpos, solo carne y sangre. A ella no le importó.

—¡Puedo salir! ¡Soy libre! —gritó al fondo del ascensor vacío.

—Lo eres, Gloria. Enhorabuena.

—¿Y qué me espera ahora? —Preguntó viendo aquella grotesca escena en el descansillo de ascensores, con la capa roja alfombrando el suelo.

—Eso no lo sabes, no puedo decírtelo —Medité mis siguientes palabras —, pero puedo decirte que sea lo que sea, lucharás. Venderás cara tu piel, y si al día de mañana consigues sobrevivir, será porque no perdiste la esperanza, y podrás sentirte orgullosa.

Ella me sonrió, a pesar de que nunca estuve allí. Lo hizo como quien se despide de un amigo imaginario, que fue la presencia que ella contrajo conmigo a lo largo de sus últimos días dentro de las Fauces. Luego se encaramó al borde del piso despejado, y salió del ascensor, decidiendo de antemano que esta vez, cogería las escaleras para bajar hasta la calle.